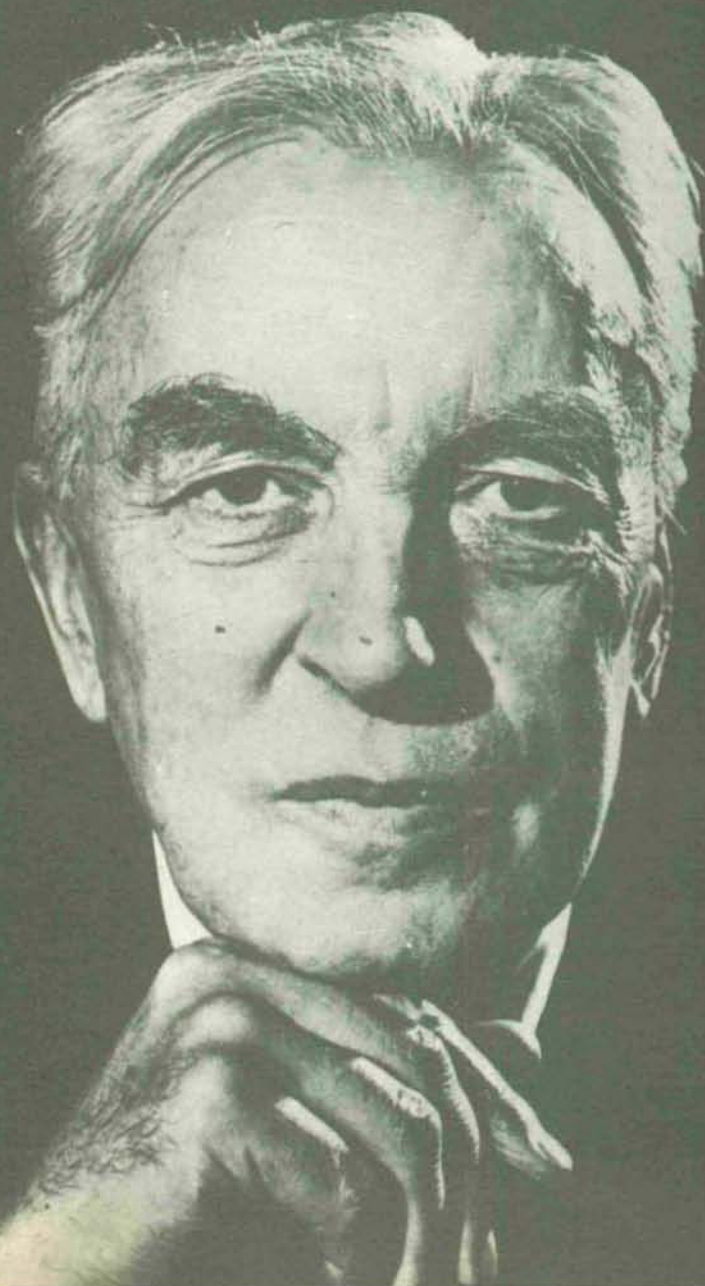


Historia de un
historiador

ARNOLD J. TOYNBEE

Fernando Savater

Entre los grandes historiadores, abundan los hombres de acción frustrados. Los vencedores no tienen memoria, pero los fracasados son incomparables rumiadores de las oportunidades perdidas y agudos críticos de los éxitos ajenos. Refugiarse en las alternancias de la varia fortuna a través de los siglos es un lenitivo generoso para las escoceduras del golpe fallido aquí y ahora. Por un César victorioso que condescendió a dejarnos la crónica de sus triunfos, hay cien derrotados cuya incompetencia para la espada y la intriga les propició aptitud para narrar las gestas que otros llevaron a cabo: Tucídides, derrotado y exilado por ello; Flavio Josefo, hecho prisionero por los romanos cuando guerreaba a favor de los judíos; Polibio, deportado; Jenofonte y Clarendon, exilados; Maquiavelo, apartado de su puesto político por una facción opuesta... El resignado ocio que sigue al desastre, el resentimiento de quien se desespera vacante lejos de la primera fila o en la cárcel, son una magnífica disposición de ánimo para tomar la pluma y comenzar a contar cómo empezó todo...



Para Cristina y María,
mis historiadoras.

EN cada gran libro de historia se esconde un intento de venganza. También Toynbee se hizo historiador a favor de una deficiencia (física, en su caso) que le imposibilitaba para la acción: una grave disentería le hizo inútil para el servicio militar, lo que le impidió participar —y quizá morir, como tantos de su generación— en la primera guerra mundial. Fue entonces, juntamente preocupado por el gran conflicto y resguardado de él, cuando comenzó a escribir su «Estudio de la historia», eligiendo quizá el camino de la explicación pública para alcanzar la justificación privada. Cierto es que Toynbee nunca se encerró en un mundo puramente académico, pues muy pronto dejó su cátedra de estudios bizantinos y griego moderno en la Universidad de Londres por un puesto en Chatham House, dependiente del Foreign Office. Allí se encargó de la dirección del *Survey of International Affairs* («Revista de asuntos internacionales»), ocupación en la que ha trabajado durante treinta y tantos años. Esta sinecura oficial le permitió ir erigiendo a través de varias décadas su dilatada obra de historiador. Su visión de los asuntos mundiales no siempre coincidió con la del Ministerio de Asuntos Exteriores británico que le pagaba: decididamente antibelicista («*La guerra es, a mi entender, como la esclavitud: un mal social con el que no puede haber arreglo ni com-*

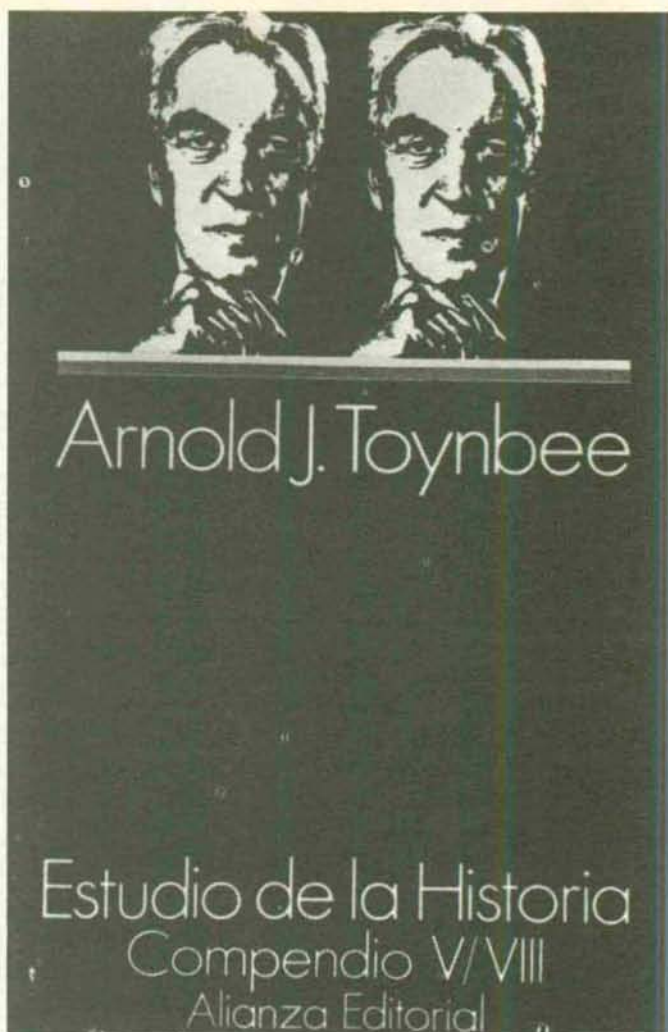
ponendas. No creo en la eficacia de abolir las armas atómicas mientras se sigan manteniendo las otras armas, ni en reducir la cantidad de armamentos sin renunciar al uso de los que queden. Mi objetivo es la abolición total de la guerra y no su aminoramiento»), sus posturas frente a los problemas del tercer mundo, en especial la guerra de Vietnam, fueron decididamente antiamericanas y próximas a las de un Bertrand Russell, por ejemplo. En general, fue un conservador ilustrado, cuya visión de la historia influyó mucho más en autores de derechas, como Ortega, que en pensadores de izquierda. Pero, naturalmente, ni Toynbee ni nadie se agota en su simple definición política, como en esta hora de su muerte han hecho muchos con apresuramiento. Ni siquiera por escribir en el suplemento dominical de «ABC» se puede descartar a un autor, aunque reconozco que es un mal síntoma. La amplitud de su proyecto y de la información que manejó, su parentesco con una muy estimable tradición cultural, merecen una visión un poco más detenida. Su punto de vista histórico no es ni muy original ni, por supuesto, inapelable, pero cuenta entre lo más importante que este siglo ha producido en la materia. Trataré aquí de esbozar brevemente sus líneas principales, empezando por la tradición de que es deudor.

En la historia moderna se distinguen fundamentalmente dos tipos de obras, que han dado lugar a dos tradiciones distintas y a menudo contrapuestas. Por un

Fue en su ciudad natal
(Londres, 1899) donde
Arnold J. Toynbee
desarrollaría su amplia
labor de investigación
histórica.



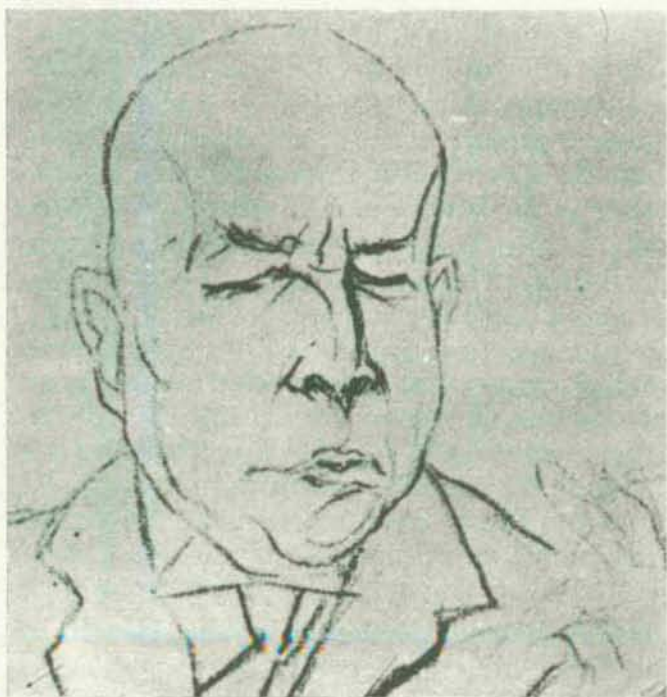
lado, la obra especializada que abarca un período de tiempo y espacio limitado, basada en la rigurosa documentación, en la escrupulosa verificación del detalle y en esa misteriosa cualidad tan preciada por los científicos llamada «objetividad»; por otro, la obra que sobrevuela los siglos y las naciones, que compara las civilizaciones y las costumbres o que se remonta hasta el impensable origen de los imperios para relatar su génesis completa hasta la fecha. Esta segunda aspira a un tipo de comprensión general, orientada hacia la satisfacción de nuestras inquietudes más hondas, a la que la primera, modestamente, renuncia. Y mientras la primera pretende al menos ser neutral, la segunda ni lo es ni aspira a ello, sino que parte de un sustrato filosófico, implícito o explícito, que orienta toda la investigación posterior. Hoy estas dos concepciones parecen irreductiblemente encontradas y se anatematizan mutuamente, la una recensionando innumerables errores de detalle en el ambicioso conjunto y la otra despreciando la tímida cortedad de miras de su adversario. Empero, en su origen fueron perfectamente compatibles, consolidándose casi por la misma época y por la misma mano: pues, en efecto, Voltaire escribió de una parte su «El siglo de Luis XIV», admirable monografía que agota minuciosamente una época, con acopio de toda la documentación política, económica y cultural de la que dis-



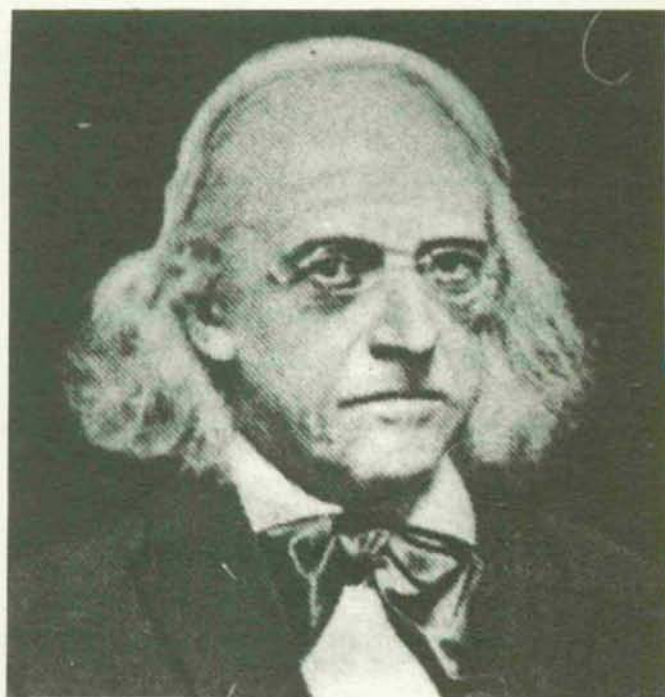
El precedente remoto del autor del «Study of History» —libro cuya portada de la edición española compendiada vemos sobre estas líneas— es Giambattista Vico (en el grabado de la izquierda), que puede ser considerado como el inventor moderno de la filosofía de la historia, de la que Toynbee es por ahora último representante. Pero su precursor más inmediato es el alemán Oswald Spengler —primera efigie de la página de la derecha—, aunque Toynbee sea más moderado y menos arbitrario y brillante. Es señalable también la influencia en él de Theodor Mommsen (segundo retrato de la derecha) en su búsqueda de una historia científica.

ponía en su tiempo; por otra, es autor de un vasto fresco cuya generosa amplitud de concepción se acompaña de un estilo memorablemente perfecto, el «Ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones», en el que se pintan las peripecias de la cultura occidental desde la Edad Media como un continuado esfuerzo hacia la tolerancia y el progreso científico. No hay oposición ni contrariedad en el siglo XVIII entre ambas empresas. Pero cien años después las cosas habían cambiado sustancialmente y es notable que Theodor Mommsen, en la segunda mitad de su vida, hablase como de un pecado juvenil de su «Historia de Roma», que le había proporcionado el Nobel

y la fama, dedicándose ya concienzudamente a la edición y traducción de inscripciones latinas, trabajo que le parecía mucho más «científico» y menos contestable. En nuestros días, es la opinión del viejo Mommsen la que ha prevalecido mayoritariamente, al menos entre los historiadores profesionales. Sólo aficionados de genio, como el H. G. Wells del «Esquema de la Historia del mundo» o el Spengler de «La decadencia de Occidente», han continuado proponiéndose bocetos de desconcertante ambición. Quizá el único historiador profesional que haya proseguido en esta línea sea precisamente Arnold J. Toynbee, cuyo punto de vista a este respecto no deja lugar a dudas: *«No pienso que la historia, en el sentido objetivo de la palabra, sea una sucesión de hechos, ni que la historia escrita sea el relato de esos hechos. Los historiadores, como todos los observadores humanos, deben hacer comprensible la realidad, y eso les arrastra a juicios continuos sobre la verdad y su significación. Esto exige una clasificación, y el estudio de los hechos debe ser sinóptico y comparativo, puesto que la sucesión de los hechos fluye en un gran número de corrientes simultáneas»*. Para este antipositivista, los hechos son eso, hechos, resultado de la construcción y elaboración que la inteligencia del historiador lleva a cabo con unos materiales que no alcanzan categoría histórica hasta haber sufrido ese proceso.



Uno de los genios más asombrosos y perdurablemente ignorados de la historia del pensamiento occidental, Giambattista Vico (1668-1744), que tuvo prácticamente que esperar hasta ser descubierto en nuestro siglo por Benedetto Croce (salvo lo que de él había recogido la omnicomprendiva atención de Hegel), es el inventor moderno de la Filosofía de la Historia, de la que Toynbee es, por el momento, último representante. En su «Ciencia Nueva», Vico expuso una concepción cíclica del desarrollo humano, apoyada tanto en los sucesos políticos como en la mitología comparada y en la génesis de la religión, el derecho y las costumbres. Descartó por completo la sólita crónica nacionalista, exclusivamente dedicada a cantar las glorias de la patria, y adoptó un punto de vista internacionalista, al que sólo limitó la falta de información de su época sobre otras civilizaciones (Oriente, América, etc...). Este es el precedente remoto del autor del «Study of History». Pero el precursor más inmediato es el alemán Oswald Spengler (1880-1936), cuya «Decadencia de Occidente» despertó fascinaciones morbosas e indignadas repulsas en su época entre quienes oyeron hablar de ella, pues muy pocos leyeron esta obra divagatoria y oscura; más tarde, la segunda guerra mundial y la adscripción de Spengler al santoral nazi ha dispensado a muchas buenas almas de la notable molestia de leerle,



Alianza Editorial

El libro de bolsillo

E. O. James
Historia de las religiones
LB **590 160 ptas.

Carlos Prieto
**El Océano Pacífico:
navegantes españoles
del siglo XVI**
LB *588, 120 ptas.

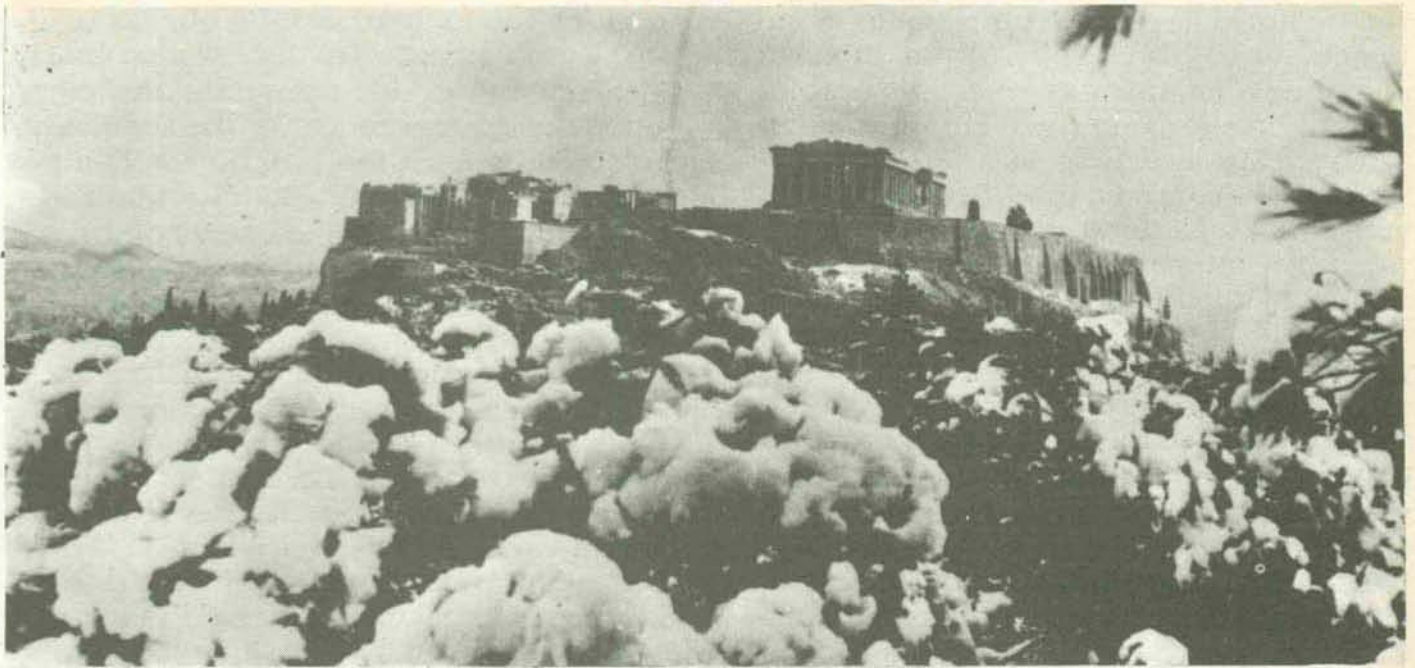
Vittore Branca
Bocacio y su época
LB ***585, 200 ptas.

Los anarquistas
1. La teoría
Selección de Irving Louis Horowitz
LB ***574, 200 ptas.

A. Tovar y J. M. Blázquez
Historia de la Hispania Romana
LB ***565, 200 ptas.

Gabriel Jackson
**Introducción a la España
medieval**
LB 555, 80 ptas.

regalándoles ya hecho el juicio despectivo. Al pesimismo aristocrático de Spengler se le han hecho reproches *morales* ante todo; no es injusto, pues él se colocó desde un principio en el terreno de los valores para atacar la concepción histórica progresista y democrática. Para Spengler, la historia no es un proceso unitario que avanza de modo más o menos necesario hacia el triunfo final del bien, la verdad y la justicia, como creía Voltaire y creen hoy los cristianos y los marxistas; se trata, en cambio, del conflictivo juego de diferentes *culturas*, que nacen, crecen y mueren según un modelo fundamentalmente biológico. «Una cultura —dice Spengler— nace en el momento en que una gran alma se despierta, se separa del estado psíquico primario de eterna infancia humana, forma salida de lo informe, límite y caducidad salidas del infinito y la duración. Crece sobre el suelo de un paisaje exactamente delimitable, al que permanece apegada como una planta. Una cultura muere cuando el alma ha realizado la suma entera de sus posibilidades, bajo la forma de pueblos, de lenguas, de doctrinas religiosas, de artes, de Estados, de ciencias, y vuelve así al estado psíquico primario». Con estas y otras meditaciones sobre el acabamiento o muerte de la cultura occidental, lo apolíneo y lo fáustico, etc., Spengler construye una obra rapsódica, en la que junto a muchas páginas insoportablemente abstrusas y pretenciosas hay momentos de rara belleza. Toynbee es mucho más moderado, menos arbitrario y, desde luego, mucho menos brillante. Lo que fundamentalmente toma de Spengler es la idea de que deben buscarse para protagonizar la historia elementos más amplios y complejos que las naciones: lo que el alemán llamó «culturas» y el inglés llamará «civilizaciones». Pero Toynbee no acepta plenamente el biologismo spengleriano, del que quedan residuos en su noción de «*growth*» (crecimiento), ni mucho menos la ley de senectud que sellaba de inexorable pesimismo la obra del alemán. Para Toynbee ningún determinismo está plenamente justificado y toda civilización puede salir de su peor marasmo con un reflorcer de su vitalidad espiritual. También se opuso a Spengler en otro punto importante: para éste, las



Para elaborar su teoría histórica, Toynbee decide basarse en las civilizaciones, uno de cuyos modelos es el helénico: Diferentes naciones espiritualmente ricas y emprendedoras que luchan entre sí hasta armonizarse en un estado universal.

culturas eran cerradas e incommunicables, como mónadas, mientras que Toynbee nunca menospreció los préstamos e influencias entre las culturas, ni supuso a éstas rigurosamente impermeables. Paso ya a exponer directamente las nociones principales del sistema histórico de Toynbee, tras este breve esbozo de sus precursores.

En su búsqueda de unidades más amplias y ricas que las naciones en las que sustanciar el decurso histórico, Toynbee decide basarse en las *civilizaciones*. La palabra es de uso común y cuando Toynbee intenta una definición específica suele hacerlo en términos espirituales: «*La civilización puede definirse como una tentativa de crear un estado de sociedad en el que toda la humanidad pudiera vivir junta y en armonía como los miembros de una sola y misma familia. Esta es, según creo, la meta hacia la que tienden inconscientemente sino conscientemente todas las civilizaciones conocidas hasta aquí*». Para reforzar esta noción, Toynbee estudia tres modelos de civilización, que pueden alcanzar carácter paradigmático para el estudio de las restantes: el *modelo helénico*, en el que diferentes naciones espiritualmente ricas y emprendedoras luchan entre sí hasta estabilizarse en un Estado universal; el *modelo chino*, en el que un gran Imperio va pasando por alternancias de orden y prosperidad a crisis y caos, para

restablecerse de nuevo (dialéctica del Yang y el Yin) y un *modelo judío*, en el que un pueblo sin territorio propio conserva su identidad en su dispersión por medio de fuertes vínculos espirituales. Todas las civilizaciones de Toynbee se ajustan mejor o peor a uno de estos tres modelos. En 1927, cuando comenzó su obra a perfilarse, Toynbee contaba veintiuna civilizaciones; el incesante trabajo de arqueólogos y orientistas hizo subir ese número a treinta y una en 1961, a las que aún más recientemente (1972) se unieron las civilizaciones de Africa. De ellas, algunas (egipcia, sumeria, minoica, sínica, india, índica, maya y andina) «carecen de mutuas relaciones y pertenecen a la infancia de la especie». Otras, como la irania, helénica o cristiano-occidental, derivan de uno u otro modo de las anteriores.

La siguiente pregunta es: ¿cómo y por qué nacen las civilizaciones? Toynbee examina las respuestas más usuales de los deterministas, es decir, la raza y el medio geográfico. Ninguna de las dos le parece convincente pues, según demuestra con abundantes ejemplos, características raciales y ambientales muy similares dan lugar a civilizaciones logradas tanto como a fracasos civilizadores y de unos determinantes aparentemente idénticos puede salir un aborto o un hijo preclaro. Sencillamente, ni la raza ni el medio «funcionan» de un modo unívoco. Lo in-

satisfactorio de estas explicaciones es suponer que el libre espíritu humano está sometido a las mismas leyes inexorables de la naturaleza que rigen la materia inanimada. Más acertado será buscar la génesis civilizadora en esa libertad misma, enfrentada sin duda a poderosos determinantes naturales pero no condicionada inapelablemente por ellos. Para orientarnos a este respecto, lo más enriquecedor es acudir a las grandes intuiciones de la mitología y la religión, en las que tal espíritu libre se ha expresado. Los mitos del origen nos hablan de un encuentro inicial entre un principio formador y un caos indistinto, pero preñado de posibilidades, de cuya fecundación dialéctica nació el universo; también hablan de un activo principio de rebeldía, cuya intervención altera el orden instituido (caída, pecado) y da lugar a una dinamización de lo estático, que en último término se resuelve en la búsqueda de una nueva estabilidad más perfecta. Basado en estas intuiciones, Toynbee concibe el nacimiento de cada civilización como *la respuesta a un desafío*. El desafío lo constituyen los condicionantes geográficos, raciales, económicos, las urgencias espirituales y las presiones históricas; la respuesta que la libre voluntad creadora de un grupo de hombres erige frente a ese desafío constituye la civilización. Naturalmente, tal respuesta puede resultar fallida y un desafío excesivo puede hacer fracasar a quienes se enfrentan a él, perdiéndose en un callejón sin salida cultural. Pero también es posible que la hostilidad del medio ambiente o la presión retardadora de antagonistas históricos se convierta en un estimulante que refuerce, al exigirle más, a la civilización naciente: así, la esterilidad de una tierra agreste ha empujado a muchos pueblos a grandes empresas marítimas y las persecuciones más crueles han servido para reforzar la amenazada identidad de los perseguidos. Es un problema de equilibrio entre el desafío y la respuesta, pero también de *energía* civilizadora, pues nadie puede pretender poner límites a los recursos de la creatividad humana.

La próxima pregunta que nos vemos llevados a plantear es ésta: ¿por qué se han hundido y se hunden las civilizaciones que habían logrado en su momento res-

ponder con éxito al desafío que las originó? También aquí Toynbee se alza contra el fatalismo de los deterministas, como Spengler, que ven en la decadencia el irremediable último cangilón de la noria de la fortuna, en la que van subidas tanto las civilizaciones como cada hombre en particular. La senectud, la degeneración y la muerte no son patrimonio inevitable de las civilizaciones, y aquí el símil biológico falla, porque ya hemos visto que éstas no surgen por el simple concurso de fuerzas naturales sino por una libre opción espiritual que no está sujeta a los ciclos irrevocables de la materia. Para encontrar la raíz de la decadencia, Toynbee examina la composición de las civilizaciones florecientes y llega a la conclusión de que éstas se desarrollan fundamentalmente a impulsos de una *oligarquía creadora* que es la que vigoriza y centra la respuesta al desafío. Esta noción de «élite» sí que la ha tomado de Spengler, de donde por cierto también debió tomarla Ortega. Para regir y estimular la civilización que anima, la oligarquía debe apoyarse en una disciplina gregaria (tanto da autoritaria o democrática) que arrastre a la masa no creativa y este mecanismo sistemático se acaba volviendo contra sus iniciadores cuando la inspiración creadora llega a faltarles. Entonces, éstos pueden intentar seguir manteniendo su predominio por la violencia o la estupidez colectiva de la comunidad, con resultados desastrosos. ¿Por qué falla la creatividad? Tal parece que hay una tendencia a la desmoralización tras los grandes logros colectivos; el éxito suele volvernos perezosos o vanos. Así, por ejemplo, Atenas y Venecia perecieron por su fascinada fijeza en un pasado glorioso, y el Imperio Romano de Oriente por su idolatría de aquella efímera, aunque grandiosa, realización del gran Imperio universal, que intentaba a toda costa reproducir. Con vanas imágenes del pasado o con una autosuficiente contemplación de un presente engañosamente inmóvil, los dioses ciegan a quienes quieren perder...

Esta decadencia no es inevitable ni irreversible, pero una vez que se da suele responder a un modelo común. Las masas se rebelan contra la oligarquía, que ya no sabe mantenerse a la cabeza de la socie-

dad más que por la fuerza y el engaño. La civilización se fragmenta entonces en un trío de fuerzas discordantes: la acosada minoría dominante, que trata de recuperar su iniciativa perdida, un proletariado interior y un proletariado exterior. El *proletariado interior* son las sufridas y desorientadas masas que tienen que padecer la desmoralización de sus líderes y su conversión de guías benéficos en tiranos explotadores. «La verdadera marca del proletariado no es ni la pobreza —dice Toynbee— ni el nacimiento humilde, sino la conciencia —y el resentimiento que ella inspira— de haber sido derrocado de su puesto tradicional en las estructuras esta-

busca de una salvación y regeneración cuyo camino colectivo parece cegado. Entre tanto, cada una de las tres fuerzas en que se ha desagregado la civilización trata de crear nuevas instituciones salvadoras. La minoría dominante aspira a implantar un *Estado Universal*, que englobe todos los elementos dispersos de la civilización en una nueva unidad revitalizadora. El proletariado interior produce un importante *movimiento espiritual*, de carácter colectivista, fuertemente ético, preocupado por los dolientes y los humildes, que aspira a una definitiva regeneración del hombre, a una especie de «curación de la historia»; así nace el cris-



Frente a la historia científica defendida por Toynbee, aficionados de genio como el H. G. Wells (a la izquierda) del «Esquema de la Historia del mundo» han seguido proponiendo bocetos de gran ambición. Desde otro ángulo, Vere Gordon Childe (derecha) ha reprochado a Toynbee su escasa comprensión del fenómeno de la ciencia.

blecidas de una sociedad, y de ser indeseable en una comunidad que es por derecho su hogar». El *proletariado exterior* lo forman las masas de las comunidades vecinas a la civilización en decadencia, que antes giraban en su órbita de atracción creadora y que, al perder ésta su hegemonía espiritual, se convierten en hordas agresivas que hostigan sus flancos y pueden llegar a destruirla por completo. El caso más memorable quizá sean los bárbaros que acabaron derribando al decadente Imperio Romano. Esta situación de crisis general de la civilización da lugar a los más dispares cataclismos psíquicos entre los desdichados a los que toca vivirla: misticismo y orgía, quietismo y arrebató, renunciación y ambición desaforada. Se intentan los caminos más contrapuestos, se entrega uno a todos los perdederos en

tianismo, el budismo mahayana, el marxismo... El proletariado exterior intenta implantar sobre las ruinas de la civilización que asalta una especie de *Edad Heroica*, en la que las virtudes guerreras y predatorias acaban convirtiéndose en nuevos ideales que sustituyen a los ídolos muertos de la antigua cultura. Por un lado, estos tres intentos constituyen la esperanza de salir del «impasse» de la decadencia, pero por otro encierran nuevos y alarmantes peligros. El Estado Universal se puede convertir en hipóstasis de la burocracia y la organización, las grandes religiones pueden inspirar inquisiciones dogmáticas e intolerantes y la Edad Heroica puede convertirse en barbarie cruel y oscurantista. ¿Es necesario señalar que, según Toynbee, nuestra época es precisamente una de esas situaciones de crisis

y que nos debatimos en este nuevo desafío angustioso, en busca de la respuesta adecuada?

El esquema apresuradamente expuesto en los párrafos anteriores es necesariamente injusto con una obra que ocupa doce gruesos volúmenes y que ejemplifica cada uno de sus puntos con estudios sobre incidentes históricos determinados, de admirable erudición y penetración notable. Si muchos historiadores niegan el valor de la estructura general del pensamiento de Toynbee, pocos menosprecian el alcance de sus estudios sobre historia de Grecia, sobre egiptología, sobre el papado, sobre China o Venecia... que ilustran y refuerzan sus grandes tesis filosófico - históricas. En el esbozo que acabo de hacer se pierde forzosamente toda esa riqueza. Frente a esta magna obra cabe, sin duda, preguntarse: «¿Para qué sirve el estudio de la historia?» El historiador griego Tucídides (siglo V antes de J. C.) creía que su obra podía ser «útil para quienes deseen alcanzar una idea clara de los acontecimientos que han ocurrido y de los que algún día, en el curso probable de los acontecimientos humanos, ocurri-

rán de nuevo del mismo o semejante modo». No cabe duda de que este pensamiento de Tucídides fue uno de los mayores estímulos intelectuales de Toynbee. Sin embargo, hoy dudamos de que la historia repita cíclicamente sus peripecias de tal modo que puedan sernos útiles nuestros conocimientos de sucesos anteriores. Además, Toynbee nos pone ante algo más que sucesos mecánicamente coordinados, de tal modo que, dadas idénticas circunstancias, vuelvan de nuevo a repetirse; el historiador inglés aspira a una *interpretación* de la historia, de forma que la visión del pasado pueda llegar a convertirse para nosotros en sabiduría presente. En último término, su aspiración más honda es de esencia radicalmente religiosa: «¿Que por qué trabajo y por qué precisamente en historia? Porque, para mí, éste es el camino que conduce, aunque sea con mucha lentitud, hacia la Visio Beatífica». Este no es el género de declaración íntima que suele despertar entusiasmo entre el positivista y escéptico público estudioso, pero al menos tiene el valor de atreverse a proclamar un fin algo más estimable que la simple mi-



Al plantearse el por qué del hundimiento de las civilizaciones, Toynbee se opone al fatalismo de los deterministas. Y así, estudiando la caída del Imperio Romano de Oriente, deduce que la causa fue su idolatría por la efímera realización del gran Imperio Universal...(Cuadro de Enrique Serra).



Con todos los muchos defectos que puedan encontrarse en sus planteamientos, a la hora de hacer un balance de la obra de Toynbee en el momento de su muerte, las «virtudes» prevalecen dentro del trabajo global del historiador inglés.

nuciosidad memorística del especialista o el impúdico acarreo de agua a su molino del hombre de partido. No es difícil hallar defectos a los planteamientos de Toynbee: el primero, su talante mismo, conservador y pacato, que le previno de los excesos a lo Spengler pero restó mucha fuerza a su pensamiento. También se le reprocha su poca comprensión del fenómeno de la ciencia, cuyo carácter acumulativo y progresivo parece oponerse al comparativismo toynbiano: «El teorizador puede comparar en el mismo plano —dice Vere Gordon Childe, criticando a Toynbee— la política exterior de Thotmes III, de Trajano y de Federico el Grande. Puede analizar los méritos respectivos de los rituales acadios, católicos y romanos, y del culto de Zoroastro; de la lírica amorosa egipcia, griega y provenzal; de los retratistas del Nuevo Reino, bizantinos o victorianos; a falta de normas universalmente reconocidas, no habrá dos autores que ordenen estos productos según el mismo orden de méritos. Pero no puede haber tales diferencias de opinión con respecto a la astronomía de Babilonia

durante la Edad de Bronce, en la Grecia helenística y en la Inglaterra del siglo XVII. El *shaduf*, la rueda persa y la electrobomba no son tres ejemplos de una especie de artefacto elevador de agua, sino tres especies de una jerarquía evolutiva». La objeción es fuerte, sin duda, aunque quizá no tan inapelable como podría creer Gordon Childe. En todo caso, el retraimiento hostil de Toynbee ante la realidad de la ciencia y la técnica, teñido de cierto humanismo nostálgico, no refuerza precisamente su obra. Por último, recojo una anotación que hace poco escribía Paulino Garagorri en un artículo necrológico sobre el historiador inglés: lo que contribuye decisivamente a alejarnos de Toynbee es su falta de garra como escritor. Obras como la suya se sustentan primordialmente en el *estilo* de su autor: éste juega a favor de Gibbon, de Voltaire, del mismo Spengler, pero no ciertamente de Toynbee. Cuando la historia quiere alzarse a un nivel interpretativo y sapiencial, debe hacerse en buena medida obra de arte.

Ahí queda sin embargo la obra de ese inglés que se plantó firme ante la historia. Con todos sus defectos, nos parece más estimable que las «virtudes» que puede ostentar la filistea renuncia a toda interpretación. Es cierto que todas las filosofías de la historia son «a posteriori»: lo pasado siempre parece inevitable e incluso lógico, aunque fuese absurdo e impensable un instante antes de ocurrir. Pero el día en que desapareciera del todo el animoso empeño de ordenar los acontecimientos en un proyecto inobjetable, el hombre habría perdido una de las dimensiones más arraigadas y tenaces de su esperanza. Con el contento de la obra hecha, que el tiempo demolerá pero que el corazón aún confía inexplicablemente que en último término derrotará al tiempo mismo, Toynbee repetía al final de su vida los versos del clásico griego:

«Así desafié a correr a la de la guada-
[ña;
me apresuré todo lo que pude; ella se
[demoró; yo gané.
¡Acomete ahora, Muerte haragana y
[dormilona!
que ya no podrás deshacer lo que
tengo hecho». ■ F. S.